

Diario EL HERALDO
Florida, jueves 3 de diciembre de 2009

TRIBUNA ABIERTA

A Nina con cariño y admiración

Metafóricamente imaginamos una sociedad como un árbol grueso tronco y frondoso ramazón que se renueva y amplía de modo permanente y a todos nos cobija.

Con frecuencia caen hojas y en ocasiones se desprenden gajos. Así entendida la metáfora, decimos, afirmamos que con el fallecimiento de Nina Riva se desprendió un fuerte gajo del noble árbol. Ocioso sería reiterar que fue una excepcional educacionista de su amada escuela pública, de la vareliana, concepción igualitaria y obligatoria, basada en la definición del prócer: sean los orientales tan ilustrados como valientes.

De su condición de investigadora de la historia de Florida, intentando y logrando aportar conocimientos de orígenes. Raíces y, por tanto, de nuestra identidad, aportes que materializó en páginas de EL HERALDO, suplementos y libros de los cuales nuestro preferido fue "Florida corazón adentro", título por demás demostrativo de su condición de riqueza histórica, como de su inmenso cariño por todo lo floridense.

Ni que decir de su presencia y capacidad que la distinguieron en las más diversas acciones, al igual que en sus convicciones democráticas y políticas, por las que incluso debió pagar caro precio.

Pero por sobre las virtudes que mencionamos y consciente de las muchas que omitimos, Nina fue una Dama con mayúscula. Quiso el destino que compartiremos buen tramo de la adolescencia a través de reuniones sociales de tipo diverso y a partir de las siempre adoradas mocedades (lejanas en el tiempo y siempre presente en los recuerdos), naciera una entrañable amistad que se afianzo en la adultez y se extendió hasta sus últimos días, incluyendo la cruel e injusta enfermedad de tono irreparable que supo sobrellevar con la altivez de los espíritus superiores.

Disfrutamos con Nina momentos de felicidad, como también los trances de profunda congoja de instancias dolorosas. Tras una relativamente breve residencia en Montevideo, luego de una traumática circunstancia, la amistad con Nina se torno mas frecuente. Retiene mi memoria los largos coloquios, ya en la redacción de EL HERALDO como en su residencia paterna, iluminada ésta en el rellano de la escalera, con una foto de su hermosa juventud.

En esos coloquios incluíamos un gran universo de temas que para mi significaron aprender de su sabiduría y aventurar los conceptos de cómo vivir y sentir la vida, basados en las riquezas del espíritu, en la inmaterialidad, como del pleno goce de las pequeñas y simples cosas.

Hasta su quebranto de salud, cada encuentro con Nina significó un recíproco sentimiento de alegría, bienestar y satisfacción. Reiteramos que fue una Dama con mayúscula, no exenta de cierta belleza estética, muy especialmente acrecentada por su sonrisa y reír incomparable, aspecto este que, a nuestro sentir, refleja como ningún otro el espejo del alma, un alma que, por sobre avatares, nunca perdió su brillo, su innata simpatía, su fuerte contenido humanístico que tradujo en realizaciones, como en sueños y utopías. Doy gracia a la vida por haber disfrutado de su amistad, inteligente, entrañable cariño y exquisita sensibilidad. A sus ruegos accedí a escribir algo que se párese a un libro sobre memorias deportivas; lamento no haber contado con su talentosa orientación, pero me consuela que al fin cumplí con su deseo que aspiraría a no defraudarla. A sus hijos, muy particularmente a Germán, nietos, bisnietos, hermanos, sobrinos y demás familiares, amigos del suscrito, mi abrazo fuerte y solidario y la seguridad que la extrañare mucho y la recordare por siempre, tanto como a Don Alberto, Beto y Queca. Nina, puedes descansar tranquila y serenamente, pues serán tus obras las que hablarán de ti.

Edgardo Ariel Ferreira.